LA SORTIJA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

En uno de los más retirados barrios de la corte de España había, hacia el año de 1874, una casa de buena apariencia, pero que debía costar un alquiler muy módico atendido el sitio en que se hallaba.

Sin embargo, su interior era cómodo, y si una mano cuidadosa y delicada se hubiera tomado el trabajo de embellecerlo, se hubiera podido hacer de él una mansión, si bien solitaria, muy agradable.

Pero nadie al penetrar en ella hubiera dicho sino que un genio maligno agitaba sus alas sobre aquella habitación, llenándola de una tristeza que se advertía hasta en el ambiente que se respiraba.

Antes de penetrar tú en ella, mi joven lector, permite que te entere, siquiera sea sucintamente, de quiénes eran sus habitantes, para que no te ad-

mire, como no sería extraño te sucediese, lo que veas en ella.

Don Joaquín del Valle, antiguo y benemérito militar, pero hombre rudo por naturaleza y brusco por carácter, se había casado muy joven con una huérfana de padre y madre, de peregrina belleza pero de escasa fortuna.

Carmen, que este era su nombre, tuvo que sufrir mucho con el carácter de su marido; sola y aislada se había unido á él, más que por amor, para tener un amparo que nunca había tenido, pues la faltaron sus padres en el espacio de un año y cuando ella contaba sólo dos de edad.

No tenía ningún pariente la pobre criatura, y un amigo de su padre hizo las diligencias necesarias para que entrase á educarse en un convento.

La pobre Carmencita fué recogida por las buenas religiosas, y cuidada y mimada más que nunca lo hubiera estado en el mundo; su carácter era triste y meditabundo, pero su índole muy dulce; hallábase muy bien en el convento, en el cual no veía más que al amigo que la había protegido en su desamparo, y á la esposa de éste, excelente señora llena de cariño hacia ella.

La pensión de Carmen en el convento se pagó

algunos años con el producto de algunos muebles buenos y alhajillas que habían quedado en su casa; también se vendieron algunos cuadros de bastante mérito que sus padres tenían, y esto dió lo suficiente para sufragar aquellos gastos que, por otra parte, no eran muy crecidos.

Pero llegó un día en que se acabaron aquellos modestos recursos, y sus protectores, en medio de la escasez que les agobiaba, determinaron seguir pagando la pensión; las religiosas convinieron, por su parte, en ayudar á aquella obra de caridad, supliendo algunos pequeños gastos, y la huerfanita continuó en aquel santo y protector asilo.

Sin embargo, el sacrificio que hacían sus protectores era inmenso; pobres militares también, apenas tenían lo preciso para sí mismos y para sus seis hijos, de los cuales uno servía ya en las filas del ejército; pero queriendo poner el sello á sus beneficios, pensaron en casar á éste con Carmen, dándola así un porvenir y una familia.

Viéronse los jóvenes, se gustaron mutuamente, y la boda quedó acordada.

La dicha no se aposentó, á pesar de todo, en casa de los jóvenes esposos.

Joaquín hubiera deseado más elegancia, más

distinción, más gracia en su esposa y una educación más brillante y distinta del todo de la humilde que la habían dado las religiosas.

Carmen hubiera querido un esposo más tierno, más amante, más cuidadoso.

Pero aunque los dos vivían disgustados, desde el mes siguiente de su matrimonio, había una diferencia muy grande entre ambos.

Carmen jamás se quejaba de su suerte.

Su marido pasaba las pocas horas que vivía á su lado quejándose de todo; cuanto veía, cuanto oía, y las acciones más insignificantes de su mujer, provocaban su enojo.

Aquella mujer silenciosa, pasiva, triste, pálida y abatida, como una muda y constante acusación, le irritaba, y, lejos de cobrarla cada día más afecto, parecía que había llegado á detestarla.

Para el carácter altivo, voluntario, y para los deseos de figurar de aquel hombre, hubiera sido necesario otra mujer, coqueta, brillante, alegre, elegante, graciosa; en una palabra, una mujer que hiciese papel en el mundo y en la sociedad.

La pobre Carmen, educada en un convento, nada sabía hacer más que coser con perfección, tejer medias admirablemente, bordar y zurcir; su afición

al retiro y á la soledad era la misma que tenía en el convento; rezaba mucho y nunca quería salir de casa, aunque su marido la instase á que saliese con él á dar un paseo.

Si Carmen hubiera tenido una madre prudente y cariñosa á su lado, ella la hubiera enseñado, sin duda, lo que debía hacer; la hubiera acostumbado á violentarse y á olvidar alguna vez sus gustos para contemporizar con los de su marido; pero á los dieciséis años no hay bastante fuerza en el alma para violentarse, y menos cuando el talento no ayuda á la natural debilidad y timidez del carácter.

Carmen, abandonada á sí misma, era muy infeliz: vivía sola con una criada grosera y ordinaria, pues sus escasos haberes no la permitían pagar un servicio caro; su marido salía de casa para los deberes de su servicio, y muchas veces no volvía hasta la noche.

La suerte, ó mejor dicho, la Providencia, madre amorosa de todos los mortales, se encargó de mejorar la suerte de Carmen y de su marido; ascendió él rápidamente, gracias á su admirable comportamiento, y ella dió á luz un hermoso niño, al que se le puso por nombre Fernando.

Desde aquel día Carmen se consideró más feliz;

su niño la servía de compañía y divertía su soledad; mirándole, meciéndole, bordando sus gorritos, el tiempo la parecía muy corto; en una palabra, era feliz.

Jamás podremos recompensar á nuestras madres el santo cariño, los desvelos que les ocasiona nuestra infancia; jamás esa solicitud de todos los instantes que todo lo encuentra fácil y agradable, cuando se trata del bien de sus hijos; por eso, lectores míos, ¡Dios os libre de olvidaros de los sagrados deberes del amor filial en la carrera de de vuestra vida, aunque toquéis las gradas más elevadas de la fortuna! Nada hay en el mundo más tierno, más consolador, más generoso que el amor de una madre.

Carmen fué casi dichosa desde que fué madre; ya tenía su vida un objeto y sus horas una ocupación; ya el tiempo desplegaba para ella toda la velocidad de sus alas.

Así pasaron cuatro años, durante los cuales Joaquín contrajo amistades nuevas y ocupaciones que le alejaron más y más de su casa y de su familia.

Al cabo de este tiempo Carmen fué madre otra vez de una niña muy bonita, á la que llamó Lucila.

Propúsose criarla ella y dirigir por sí misma su educación, y así lo hizo, con tanto gusto como esmero y ternura.

Pero si en la parte material de su educación era Lucila la envidia de todos, no sucedió otro tanto en su parte moral y aun menos en la intelectual; era terca, voluntariosa, y valida de la extrema é imprudente condescendencia de su madre, hubiera podido decirse que su voluntad era ley para toda la casa.

Comía sólo aquello que se le antojaba, sin método ni arreglo alguno; vestía del modo que ella quería, y esto desde la edad más tierna, incurriendo en mil inconveniencias y dando lugar á que todas las personas sensatas criticasen la debilidad, y el casi descuido de su madre.

El talento de Lucila era, sin embargo, muy sobresaliente; su ingenio agudo y penetrante; era sagaz, viva y entusiasta; pero todas estas dotes, que bien dirigidas hubieran servido para hacer de ella una criatura perfecta, sólo servían para aumentar su afán de dominar, su turbulencia y sus caprichos.

Su madre era la primera víctima de ellos; jamás la negaba cosa alguna; jamás se oponía á su vo-

luntad, y aquella voluntad se iba haciendo tan fuerte que parecía de hierro.

Fernando entró, por disposición de su padre, en el colegio militar, apenas tuvo edad para ello, y á pesar de que su educación había sido tan mala como la de su hermana, aquel recogimiento, aquel método rígido y severo, cambiaron sus rebeldes disposiciones.

Empero Lucila, que se quedó sola al lado de sus padres, crecía cada día en exigencias y caprichos, y su madre pensó, por último, que le sería más fácil y más cómodo dejarla que estar todo el día empleando amonestaciones que, por lo frías y muchas veces por lo intempestivas, para nada servían.

A los catorce años era Lucila tan hermosa que llamaba la atención general; su estatura era alta, gallarda y flexible, como el lirio de los valles; su nacarada tez, animada por un ligero sonrosado, hacía un hermoso contraste con sus ojos azules como el cielo, y con sus cabellos dorados y sedosos; pero generalmente iba muy mal vestida, pues siempre era su gusto ó su capricho lo que presidía á su tocado.

Además, era sólo encantadora en tanto que ca-

llaba; pues apenas abría la boca decía tantos despropósitos, y aun tantas insolencias, que no era posible sufrirlas.

Dios le arrebató por aquella época el apoyo más cariñoso que tenía en el mundo; unas calenturas malignas llevaron á la pobre Carmen en muy pocos días, y su hija quedo á merced de un padre que siempre había sido duro y casi indiferente para sus hijos.

II

Viudo ya el esposo de Carmen, y no teniendo á quién confiar el cuidado de aquella hija tan bella, y al mismo tiempo tan indómita; reflexionó con madurez en su situación y se dijo á sí propio que no tenía más medio que retirarse del servicio.

Había llegado ya á coronel, por fortuna, y tenía una posición honrosa y regularmente lucrativa.

Pero pidió su retiro de malísima gana y culpando á su hija, á la que no amaba mucho, en el fondo de su corazón, porque si bien inocente, ella era la causa de que tuviera que cortar los vuelos á su ambición.

Habíase acostumbrado, por otra parte, desde hacía algunos años, á una vida errante y casi nómada, que era la que más convenía á su carácter activo y turbulento, y la inacción forzada á que iba á condenarse era insoportable para él.

Sin embargo, no halló camino ninguno por donde evitarlo, y pidió y obtuvo su retiro cuando aun no tenía treinta y ocho años y podía con justicia haber aspirado á los más altos grados militares.

Para distrarse de la pesadumbre que su nuevo método de vida le causaba, jugó y perdió gruesas sumas; compró caballos, perros y escopetas; pero sus ahorros y el sueldo de aquel mes desaparecieron con tantos dispendios.

El sueldo siguiente era más corto, porque un retirado no cuenta con el mismo haber que un empleado en activo servicio; y puesto en manos de las criadas, á los quince días de haberse empezado el mes había desaparecido.

Entonces se hizo esta reflexión:

—Cuando mi mujer vivía me duraba más el dinero: lo mejor será que me vuelva á casar.

Y esto diciendo se miró á un espejo y se halló todavía muy buen mozo y con un semblante muy agradable.

Aquel día salió á la calle con la intención decidida de buscar novia, y comunicó su propósito á dos ó tres amigos suyos que se halló en el café.

—¿Estás loco?—le dijo uno de ellos.—¿Quieres perder ahora por tu gusto solamente tu hermosa libertad?

—¿Cómo mi libertad? ¡Así estoy mucho más sujeto!

—¿No has escarmentado de lo que te hizo pasar la insulsa de tu mujer?

—A decir verdad—repuso el viudo—no fuí muy dichoso con ella; pero en eso era tanto mía la culpa como suya.

—¿Tuya?

—Sí; la exigía más de lo que podía darme y acabé por casi abandonarla, en vez de tolerar sus faltas; yo hubiera querido una mujer más viva, más brillante... y así la buscaré ahora.

—¿Conque insistes en casarte?

—Ciertamente.

—¡Qué disparate!

—¡Qué locura!

—¡Qué lástima de libertad que vas á perder!

—Sin embargo, estoy decidido.

—Pues chico, buen provecho.

—Con tu alma tu palma.

—Yo te puedo indicar una mujer que te gustará si la quieres coqueta—dijo otro de los presentes.

—Veamos.

—¿Conoces á Juanita, la hija del teniente coronel de lanceros?

—La he visto muy pocas veces.

—Pues mírala con cuidado.

—Pero ¿dónde la he de ver?

—¡Toma, en su casa!

—¿En su casa?

—¡Está claro! Vas de visita.

—Yo no los conozco.

—Pero yo sí, y te llevaré; de este modo la ves á tu sabor; te ofrecen la casa, como presentado por mí, que soy un amigo de la misma, vuelves dentro de dos ó tres días á hacer la visita de ordenanza, y luégo, poquito á poco, las vas menudeando, hasta que conozcas bien á Juanita y veas si te acomoda.

—No me parece mal pensado—dijo el coronel.—Tengo así como una idea de que esa joven es linda y viva como una centella.

—Es cierto que lo es.

—¿Cuándo me llevas á su casa?

—Esta noche si quieres; ¿estarás aquí á las nueve?

—Estaré sin falta.

—Pues hasta la noche.

—Hasta la noche.

Los amigos se separaron; á ninguno de ellos se le había ocurrido recordar que el coronel del Valle tenía dos hijos, de los cuales podía hacer la infelicidad aquel casamiento.

Su mismo padre no había pensado en tal cosa; su deseo era tener quien le cuidase á él y quien le ahorrase los cuidados que el gobierno de una casa ocasiona, y conseguido esto le importaba muy poco todo lo demás.

¡Pobre Lucila! ¿Cuál iba á ser su suerte?

El transcurso de esta historia nos lo dirá.

Su padre esperó con impaciencia la hora de la cita, y un poco antes de llegar se hallaba en el sitio convenido, vestido con esmero.

Estaba verdaderamente hermoso con su alta estatura, su gallardo talle, que conservaba su bizarría militar, y su bello é interesante rostro, algo rudo, pero lleno de viveza y de expresión.

Poco después de llegar él llegó su amigo que le

cumplimentó por su gallardía y elegancia, y subiendo á un carruaje de plaza ambos se dirigieron á casa del teniente coronel de lanceros, que vivía en una de las mejores calles de la coronada villa.

III

Era el coronel un hombrón de seis piés y algunas pulgadas, grueso, fornido, francote, por no decir insolente, y que hablaba á gritos.

Sus cabellos, que en otro tiempo habían sido rojos, estaban entonces blancos por completo, lo mismo que su largo bigote.

Viudo también desde hacía muchos años, todo el amor que era capaz de encerrar su corazón estaba dedicado á su hija única Juanita, de edad de diecinueve años, y que reunía, á la circunstancia de haberse criado sin traba ni sujeción alguna, los resabios que la idolatría de su padre le había hecho adquirir.

Juanita era viva como una centella, coqueta y presumida; pensando, como tantas otras jóvenes, que la afectación es un mérito, apenas decía una

palabra con la voz que debía á la naturaleza, ni hacía un movimiento de una manera natural y desembarazada.

Cada mañana pasaba delante de su espejo muchas horas, ensayando peinados, miradas y sonrisas; sus ojos, que eran negros y hermosos, tenían que sujetarse á una lección de arte, ya elevándose al cielo, ya bajándose con la mayor gracia posible, ya volviéndose lánguidamente á uno y á otro lado.

Juanita tenía buena dentadura, aunque su boca era bastante grande; así era que, para ocultar este defecto y lucir aquella gracia, hacía prodigios de habilidad, pues aprendió hasta reirse teniendo la boca recogida y reducida á la menor dimensión posible.

En estas cosas y en probarse trajes pasaba Juanita las días; por las noches iba al teatro con alguna amiga, y los jueves y domingos tenía tertulia en su casa.

El coronel pagaba modista, planchadora y costurera, y Juanita, que había aprendido á tocar un poco el piano y á dibujar una flor, pasaba el día ocupada en estas dos habilidades, ó en el balcón.

Cuando entraron el viudo y su amigo en casa

de la joven estaba llena de gente la reducida sala de la casa que ocupaban ella y su padre; era jueves, y la reunión se hallaba en todo su apogeo.

Algunas jóvenes, vestidas con poquísimo gusto y muchas pretensiones, componían la parte bella de la tertulia; junto á un piano de mesa, y de respetable antigüedad, se preparaba á cantar una señorita gruesa y encarnada que estaba ataviada con un vestido de tarlatana color de rosa muy subido y un prendido de cinta azul.

Más allá había otra con vestido verde y rosas amarillas, artificiales y muy ajadas, entre las rojas trenzas de su cabello, y, por fin, más lejos hablaba con un grueso oficial de caballería una tercera, cuyo traje, de seda color de melocotón, estaba adornado con encajes de algodón blanco.

Las de menos pretensiones llevaban vestidos de calle de seda negros, ya muy usados, y se reían de sus vecinas, las que á su vez se preguntaban si aquéllas se habían vestido para un entierro, y por equivocación se habían entrado en la tertulia.

El sexo fuerte estaba representado por oficiales del cuerpo del coronel y por algunos estudiantes, cuyo atavío no era muy esmerado ni muy elegante.

Juanita descollaba entre todas las jóvenes, como descuella la rosa en un jardín; llevaba un vestido blanco de muselina algo ordinario á la verdad, pero de buen corte y hechura, porque ya he dicho que la hija del coronel pagaba modista, cuyo dispendio no podían permitirse los oficiales subalternos para las suyas; y como, por otra parte, no tenían habilidad para hacérselo por sí mismas, sus trajes chocaban por su extraña confección.

Sobre sus negros cabellos llevaba Juanita una diadema de jazmines y narcisos blancos, que no hubiera hecho mal papel en un baile de alguna etiqueta, pero que era algo ridícula para una reunión de confianza.

Cuando entraron su presunto novio y el amigo de aquél, ella hablaba con un capitán que al parecer la oía y la miraba con entusiasmo; era un joven simpático y buen mozo, y el amor brotaba de sus ojos con esa llama que no se asemeja á ninguna otra.

El coronel fué presentado primero al otro coronel, dueño de la casa, que, apoyado en la puerta de la sala de la reunión, fumaba sin reparo un grueso habano, imitándole otros militares ancianos y aun jóvenes que se hallaban con él; así es que

la atmósfera era densa é impregnada de un humo que hacía verlo todo á través de una nube.

El padre de Juanita recibió brusca pero cordialmente al coronel del Valle, y después de los cumplidos de estilo pasó éste á saludar á su hija, que correspondió á sus homenajes con la coquetería y superficialidad acostumbradas.

Un estudiante de farmacia se puso al piano y preludió un vals, y las parejas se fueron agrupando en el fondo de la sala, que no tenía seis varas en cuadro.

Juanita no quiso bailar por no dejar la conversación que sostenía con el *presentado*, el que se apoyaba en el piano.

Antes de salir de allí el coronel del Valle había hecho su declaración, que no fué mal acogida. Juanita quería hacer padecer al hombre que la amaba, y al cual había dado palabra de unirse á él para toda la vida con los lazos del matrimonio.

El padre de Fernando y de Lucila volvió á los dos días á hacer la visita de cumplido, é invitado por la coquetería de Juanita y por la ruda franqueza de su padre, continuó visitándolos con toda la posible frecuencia desde aquel día.

Formuló por fin la petición de matrimonio; el

coronel de lanceros creyó aquel un soberbio partido para su hija; ésta, que ya estaba llena de vanidad con la graduación de su padre, pensó que no era cosa de despreciar el empezar ella por donde su padre concluía, y aunque hubiera preferido un esposo en activo servicio, como el que se le presentaba tenía una alta graduación, le aceptó contenta sólo por dar envidia á sus amigas, y dejó al pobre capitán desahuciado de su amor para siempre.

Pronto se arregló la boda, y Lucila, que se entregaba á todas las fantasías de su imaginación ignorando lo que pasaba, se halló un día en casa á su nueva madre, que venía apoyada en el brazo de su esposo.

El coronel retirado había pasado los ocho primeros días de su matrimonio en casa de su suegro el coronel de lanceros; á las diez de la mañana del noveno se le ocurrió á Juanita decir que en aquel mismo instante se quería ir á su casa, y Lucila, que dormía pacíficamente, se encontró con una madrastra cuando menos la esperaba.

Estaba tan acostumbrada á las repentinas ausencias de su padre, que aquella no le extrañó.

Dormía, pues, á más y mejor en una fría pero

clara mañana de Enero, cuando entró de improviso la criada en su gabinete y la movió bruscamente, diciéndola:

—Vamos, señorita, levántese usted.

—¿Qué ocurre?—preguntó Lucila con muy mal humor.

—Levántese usted al instante—repitió la doméstica.

—¿Pero para qué? ¿No sabes que no quiero levantarme hasta las doce?

—Es que está ahí el señor...

—¿Y bien?

—Ha venido con una señorita.

—¡Cómo! ¿Qué dices?—exclamó Lucila sentándose en el lecho y echándose hacia atrás sus espesas trenzas rubias.

—Digo que ha venido con el señor una señorita muy linda y elegante; están en la antesala y el señor me ha dicho: —Di á Lucila que se levante al instante y que venga aquí.

La joven, llena de asombro, metió sus desnudos piés en unas babuchas de tafilete, sus brazos en un peinador y pasó á la sala sin ocuparse siquiera de recoger las rubias trenzas de su cabello, á causa de la extrema curiosidad que sentía.

Al ver á Lucila Juanita hizo un movimiento de sorpresa; luégo un sentimiento de envidia se deslizó en su corazón. Lucila era una niña bellísima, encantadora; nada había en ella de afectado, de violento, de aprendido; era hermosa sin saberlo, porque así había nacido, del mismo modo que lo son las flores de la pradera; pero tan fresca y virginalmente hermosa, que toda la coquetería y todos los artificios de Juanita no bastaban para hacerla pasable á su lado.

Lucila era de estatura mediana, que es la más bella de las estaturas femeniles, de formas torneadas, suaves y perfectas; su tez, blanca como las hojas de la azucena, tenía también el atorciopelado matiz de aquella flor, y al mismo tiempo tal diafanidad y tan admirable sonrosado, que á nada podía compararse.

Sus ojos, rasgados y azules, eran brillantes como dos estrellas; sus cejas sedosas, de color de castaña, como la rizada franja de sus pestañas, eran largas y arqueadas, partiendo desde el arranque de su pequeña y recta nariz; su boca formaba un arco pequeño y caprichoso de coral rosa; su garganta, sus brazos, su talle, sus manos, tenían una perfección admirable y juvenil; era maravillosa la hermo-

sura de su cabello rubio que, partido en la frente, formaba detrás de su cabeza una compacta masa de oro bruñido; en una palabra, Lucila había heredado la hermosura de su madre, animada con los rayos de una gran inteligencia y de un orgullo que la pobre y modesta Carmen había desconocido siempre.

La belleza de la jovencita era la más propia para deslucir completamente los artísticos encantos de la esposa de su padre.

Juanita, alta y delgada como un palo, muy delgada y nerviosa, debía la elegancia de su talle á los artificios de su modista, que la ponía en sus cuentas sumas crecidas de ballenas y algodón.

Era, además, muy morena, de mal color, de cara larga, delgada y sin frescura; y aunque sus ojos negros eran buenos y tenía largos y hermosos cabellos del mismo color, todas estas ventajas desaparecían ante la belleza juvenil y rosada de Lucila, como el brillo de una estrella se oscurece ante el fulgor majestuoso de la luna.

Las dos jóvenes quedaron mirándose con muy diferente expresión.

El semblante de Juanita pintaba un envidioso asombro; el de Lucila la extrañeza y el desdén.

Don Joaquín vino á poner un término á aquella situación.

—Lucila—dijo á su hija—me he casado hace ocho días; aquí tienes á mi esposa, que desde hoy gobernará la casa.

Tantas fueron las ideas que se agolparon á la imaginación de Lucila al oir estas palabras, que no supo qué responder; el despecho, la cólera, se pintaron instantáneamente en sus facciones; por fin, aturdida ella misma con lo que experimentaba, contentóse con encogerse de hombros con ademán despreciativo, sin responder una sola palabra.

—Harás cuanto te mande Juanita—continuó D. Joaquín—y todo se sujetará al régimen que ella establezca.

—En cuanto á mí – contestó Lucila, en cuyo cerebro permaneció más fija que ninguna otra la idea de humillar á aquella mujer—no necesito de esta señora para que me gobierne; se encargará de manejar la casa, y en esto me hará un gran beneficio, pues yo entiendo poco el papel de ama de llaves.

—Yo tampoco lo entiendo muy bien—respondió Juanita con acritud—porque jamás lo he desempeñado; me parece que entenderé mejor el de